

BOLETIN SALESIANO

Instruyó al pueblo y divulgó todo lo que había hecho. Buscó las doctrinas útiles y escribió documentos rectísimos y llenos de verdad. Las palabras de los salios son como púas ó clavos, que penetran profundamente, y dadas mediante nuestros maestros por el único pastor.

ECCLESIASTÉS XII, 9, 10 Y 11)

El peligro, Sto. Padre, está en la continua difusión de libros infames; y para poner un dique á este mal inmenso, yo no veo otro remedio, que la fundación de una imprenta católica, puesta bajo el patrocinio de la Santa Sede. De esta manera, no haciéndose esperar nuestras respuestas, podremos con mayor ventaja descender al campo de la lid y responder con feliz éxito á las provocaciones de los apóstoles del error.

(SALES)

No se espigaría mucho quien intentase atribuir principalmente á la prensa malvada todos los males y la deplorable condición de las cosas, á la cual hemos llegado actualmente... los escritores católicos deben con todas sus fuerzas volverse en bien de la sociedad.

(Lobo XIII)

La prensa periódica sometida á la autoridad jerárquica, revestida del espíritu de Jesucristo, viene á ser un poder inmenso: Buzanca, somete la verdad, hace desaparecer el error, salva y civiliza; se crea una forma de apostolado sublime.

(Alumna)

Turin — Buenos-Aires — LIBRERIA SALESIANA — Sarriá (Barcelona)

D. BOSCO

POR CARLOS D'ESPINEY

CABALLERO DE LA ORDEN DE SAN GREGORIO EL GRANDE.

OBRA APROBADA

POR EL

INSTITUTO SALESIANO

HONRADA CON EL APLAUSO DE SU EXCELENCIA EL OBISPO DE NIZA
Y DE OTROS PRELADOS

É ILUSTRADA CON EL RETRATO DE D. BOSCO.

Traducción española

EDICIÓN ELEGANTE Y ESMERADA.

De venta en las Librerías Salesianas.

Precio: 3 Pesetas.

IMITACIÓN DE CRISTO

TRADUCIDA EN LENGUA GRIEGA

por el P. JORGE MAYR S. G.

Con un prólogo en latín

del Sacerdote Don JUAN GARINO

UN VOLUMEN DE UNAS 350 PÁGINAS

Precio: 1, 75 Pesetas.

LA PRIMERA COMUNIÓN

por el presbítero salesiano

CAMILO ORTÚZAR

Opúsculo destinado á preparar á los niños para tan importante acto.

Pesetas 1 ¹/₂

HISTORIA AMENA Y EDIFICANTE

DE LA VIDA

DE

MARGARITA BOSCO

por

J. B. LEMOYNE

Pbro de la C. de S. Francisco de Sales

TRADUCIDA DEL ITALIANO

Por un Sac. de la misma Congregación.

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar a nuestros hermanos a fin de cooperar a la difusión de la verdad.

(III S. Juan, 8)

Atiende a la buena lectura, a la exhortación y a la enseñanza.

(I Tim. IV, 13)

Entre las cosas divinas la más divina es la de cooperar con Dios a la salvación de las almas.

(S. Dionisio)

Un tierno amor al prójimo es uno de los mayores y más excelentes dones que la divina bondad puede conceder a los hombres.

(El Doct. S. FRANC. de SALES)



Cualquiera que reciba a un niño en mi nombre, a mí me recibe.

(Mat. XXIII)

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande empeño la educación cristiana; proporcionad libros que enseñen a huir el vicio y a practicar la virtud.

(Ira IX)

Redoblad vuestras fuerzas para retraer a la niñez y juventud de las insidias de la corrupción e incredulidad y preparar de esta manera una nueva generación.

(Luce XIII)

→ DIRECCION en el Oratorio Salesiano. — Calle de Cottolengo N° 32, Turin (Italia) ←

SUMARIO: El Catecismo y el Congreso Catequístico. — Noticias de nuestras Casas de América: Patagonia Meridional. — Brasil. — Don Bosco y María Auxiliadora; Iglesia de María Auxiliadora. — Algunas gracias de María Auxiliadora. — Una medalla. — Crucifixión. — Secreto para morir tranquilo. — Historia del Oratorio de S. Francisco de Sales, España. — Gracia de María Auxiliadora.

hora en muchas partes ha desaparecido tan hermosa práctica y tan sólo el párroco es el único que, no obstante las numerosas atenciones de su ministerio, congrega el domingo a los pocos niños que puede para hablarles, apenas una media hora, sobre Dios, Jesucristo, la Iglesia y la vida eterna.

Muchos párrocos, de mil modos inquietados en sus funciones, viven en perpetua y violenta lucha para procurar el bien de las almas que les están encomendadas. Los maestros hoy día son, en gran parte, maestros de impiedad; los espectáculos públicos, los diarios y novelas, la inercia de los padres de familia, todo se conjura para hacer perder la fe alejando de las enseñanzas del Evangelio; porque ¿cómo se ha de creer si no se oye a quien debe predicar? *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi* (1).

Aun mediante la caridad material muchos sacerdotes podrían superar tantas dificultades, oponer entretenimientos a entretenimientos, socorros a socorros, vencer los corazones con unir al par de la divina palabra auxilios a las familias necesitadas y premios a los niños diligentes. Mas siendo generalmente pobres, despojadas de bienes las iglesias, apenas si

EL CATECISMO

Y EL

CONGRESO CATEQUÍSTICO.

El Catecismo, la enseñanza de la doctrina cristiana, es la obra por excelencia en el día. El siglo XIX padece terribles catástrofes, especialmente porque languidece la fe, debilitase la autortad de la verdad eterna y de aquí que sólo se nubelen los bienes presentes y no se repare en medio alguno para conseguirlos. Alzan su voz los Pastores de la Iglesia, pero faltantes los medios con los cuales antes, padres del pueblo, podían atraer a sí a los amados hijos. Muchos en su nobilísimo ministerio, carecen de auxiliares.

En otro tiempo la madre de familia era el catequista del hogar, a la vez que el preceptor lo era de sus escolares. A-

(1) Rom. X, 17.

CATECISMO EN EJEMPLOS

por el presbítero salesiano

CAMILO ORTÚZAR

Vol. 1º El Credo y la Oración.

Vol. 2º La Moral Cristiana y los Sacramentos.

— — — — — Dos vol. en-16 de x-114-178 pág. A la rústica Pesetas 5,00 franco ..
— — — — — En tela " 6,50 "

El Catecismo constituye el fundamento indestructible de la cristiana educación. En él se resuelven todas las grandes cuestiones y enseñan los más sagrados deberes; « es el lazo misterioso que une al hombre con Dios, el cielo con la tierra, el tiempo con la eternidad. »

Para facilitar su conocimiento nada más á propósito que añadir los ejemplos á la doctrina. « Las palabras mueven; los ejemplos arrastran. » El camino de los preceptos es largo y penoso, el de los ejemplos corto y agradable. Nuestro Señor sembraba de parábolas sus enseñanzas.

El *Catecismo en Ejemplos* que anunciamos tiene, pues, el objeto no sólo de dar á conocer la verdad sino también, con variados ejemplos, alegorías é imágenes, de impulsar á practicar la virtud.

Se encuentra de venta en todas las Casas Salesianas.

EL
JOVEN INSTRUIDO
EN LA PRÁCTICA DE SUS DEBERES
Y EN
LOS EJERCICIOS DE LA PIEDAD CRISTIANA
DEVOCIONARIO

seguido del Oficio de la SS. Virgen, del Oficio de Difuntos

Y DE LAS VÍSPERAS DE TODO EL AÑO

por el Sacerdote

JUAN BOSCO

Un tomito en-32. 1 Peseta el ejemplar.

tienen los medios necesarios para el decoroso servicio del culto.

¿Qué hacer, pues, para que triunfe en todas partes la verdad de la religión, para poner valla á los males que nos inundan, para salvar á las generaciones presentes y futuras? Unir la fuerzas, congregar las almas generosas, rico tesoro de la Iglesia, y organizarlas á fin de difundir la instrucción del Catecismo. Esta nobilísima obra es á no dudarlo una de las más importantes al presente. Y en no pocas partes viene ya felizmente emprendiéndose. Los católicos de Francia consagran millones de millones á fundar y sostener escuelas libres en las cuales se enseña el catecismo. Otro tanto hacen los católicos de Bélgica. En 1851 establecióse en Bruselas la obra de los Catecismos fundada, por las piadosas señoras de la Adoración, para glorificar al Santísimo Sacramento. Eficacísimo es el concurso que allí presta al clero. En no pocas diócesis se ha establecido que los párrocos enseñen el catecismo á los niños una hora al día durante la estación del invierno. En muchas otras, á imitación de S. Francisco de Sales, lo hacen los obispos mismos. En varias provincias de Italia encuéntrase también organizado con la gran sabiduría de san Carlos Borromeo, quien desde su tiempo advirtió la necesidad de que el *apostolado laico* prestase su ayuda á los párrocos en la enseñanza de los rudimentos de la Doctrina Cristiana.

Empero no obstante tan laudables esfuerzos puede asegurarse que en muchas regiones los niños reclaman el pan de la palabra de Dios y no hay quien se los dé. En otras es necesario reformar los métodos antiguos, adaptándolos á las exigencias de los tiempos, recurrir á las fundaciones de Oratorios festivos, á la manera de lo hecho por Don Bosco, y valerse de importantes asociaciones que puedan poderosamente ayudar á los párrocos.

Estos son, en parte, los fines que se propone el docto Obispo de Placencia al convocar á un primer Congreso Catequístico que de tan gran interés ha de ser para toda la Iglesia, y el eco de cuyas deliberaciones, como quiera que han de ser el resultado de profundos estudios basados en la experiencia de muchos años, ha de llegar á los más apartados lugares de la tierra.

Por nuestra parte recomendamos esta

obra á las oraciones de nuestros Cooperadores, recordando cómo Don Bosco al instituir la Sociedad Salesiana tuvo en mira que todo Cooperador prestase ayuda al propio párroco, especialmente en salvar á la niñez pobre y abandonada, y en la enseñanza del catecismo. Los Cooperadores unidos están á la Pía Sociedad Salesiana, decía, pero el objeto capital es que trabajen en las diócesis y parroquias bajo la guía de sus pastores.

Querriamos que cada Cooperador fuese un catequista, que personalmente ó por medio de otro trabajase en esta preciosísima obra tan propia de todo cristiano. Hacer el catequismo es continuar las funciones de Nuestro Señor Jesucristo, quien no sólo enseñaba su doctrina con admirables discursos en el templo de Jerusalén ante los sabios de Israel, sino que también por tres años y medio la explicó con toda sencillez al pueblo y á los niños. Lo hecho por él encomendó lo hicieran sus discípulos. He ahí la institución del catequismo y de los catequistas. Y luego á los que le ayudasen, socorriesen, albergasen y hasta á los que dieran un vaso de agua fresca en su nombre prometió igual premio que á sus discípulos.

Bien comprendieron esto los primeros cristianos, quienes apenas recibido el bautismo ocupábanse en servir de catequistas. La conversión del mundo en gran parte se debe á esos sencillos cristianos. Porque siendo tiempos de encarnizada persecución ¿cómo habrían podido los Obispos, en cortísimo número, ya errantes, ya ocultos en las catacumbas, ya diezados por los opresores cambiar la faz del mundo en tan breve tiempo! Verdad es que estrepitosos milagros conmovían las ciudades y provincias; mas incesante era también el trabajo de los catequistas. Convertida la madre, convertía á su familia. Conocida la verdadera religión por un amo, empeñabase en que la conociesen todos sus dependientes, incluso sus numerosos esclavos. Bautizado un centurión ó tribuno dedicábase á traer á Jesús á los soldados de su legión ó cohorte. Un cortesano que adoraba la cruz llenaba el palacio mismo de los tiranos de discípulos del Divino Redentor, y así vemos aún á los miembros de la familia imperial convertidos mediante el catequismo de un pobre esclavo.

Los mártires, ya en la cárcel, ya de-

ante de los tribunales ya en el patíbulo jamás olvidaban su oficio de catequistas, de manera que mil veces sus carceleros, los espectadores de sus padecimientos y hasta sus mismos verdugos movidos con sus palabras de fuego reconocían al verdadero Dios. Y es de notar que, como consta de los fastos de la Iglesia, esas almas generosas enviaban á los obispos y sacerdotes el fruto de sus conquistas para que ingresando en el rebaño del Señor recibiesen la confirmación en la fe.

¡Ah! si nosotros nos penetrásemos de sentimientos semejantes ¡cuánto acreceríamos el número de los verdaderos cristianos, el número de los que, gracias á nuestra cooperación, bienaventurados en el cielo, entonarían eterno cántico de gloria!

Crezca nuestro amor á Jesús y prontos estaremos á esos pequeños sacrificios para hacerlo conocer y amar de nuestros semejantes.

¡Oh, caros Cooperadores y amigos de Don Bosco, contad vuestro número y ved el bien que podéis hacer! ¡Sois más de cien mil! Muchos de vosotros sois padres ó madres de familia, maestros ó preceptores de escuela; y el catecismo que de vuestros labios aprenden los niños jamás se olvida.

El repetir diariamente en familia alguna respuesta de aquel pequeño libro de oro que contiene la palabra de vida, y acompañarla de una breve exhortación sobre el amor de Dios, la devoción á María, la frecuencia de los sacramentos, el horror al pecado ¡qué dificultad os ofrecería? Y podéis acaso concebir el fruto inmenso que con ello habréis de alcanzar?

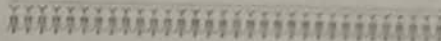
Hay más: si todos cuantos pueden hacerlo mandasen sus hijos los domingos al catecismo parroquial, si los parientes y amigos se empeñasen en que los niños fuesen puntuales en el cumplimiento del deber de recibir cristiana educación ¡quién podrá contar el número de los que así se encaminaran por la vía del Paraíso?

Si todos los Cooperadores y Cooperadoras, ora enseñando el catecismo, ora regalando premios para los niños más asiduos y aprovechados, ora concurriendo á la fundación de Oratorios festivos ayudando al propio párroco ¡no es verdad que muchas serían las almas que salvarían?

Pongámonos, pues, á la obra y haciendo

de este modo inmenso bien á la sociedad, con morigerar las costumbres, alcanzaremos el premio prometido por Dios á aquellos que á otros encaminan por la senda del bien; esto es, de resplandecer un día como fulgidiísimas estrellas en el cielo por toda la eternidad (1).

(1) Dan. xii, 3.



NOTICIAS

DE NUESTRAS CASAS DE AMÉRICA

Patagonia Meridional.

Punta Arenas, 15 de marzo de 1888.

Carísimo señor D. Eua:

Héme aquí de vuelta de mi viaje á Tierra del Fuego donde han quedado Don Antonio Ferrero y el coadjutor Juan B. Silvestro.

Antes de emprender semejante viaje traté de informarme de la suerte de nuestros pobres salvajes; y obtuve la noticia siguiente: En julio del año pasado catorce hombres bien armados dirigieronse á la parte oriental de la isla á buscar oro, y encontráronse con una tribu de indios. Tales exploradores, aunque se dicen cristianos, pretextando ser acometidos, hicieron fuego contra los salvajes y mataron cerca de cuarenta. Las mujeres y niños, cayendo de rodillas, imploraron que por piedad no se les quitase la vida. No se en que condición se las dejaron. Esto ocurrió entre el territorio argentino y chileno, por lo que uno no sabe á quien volverse para rogar que se procure no se repitan tales actos de barbarie.

Bien que hice lo posible para ponerme cuanto antes en marcha no pude efectuarlo hasta principios de febrero. Las dificultades que para estos movimientos deben vencerse son siempre grandes. Lejos de poblado todo es carísimo, y la gente, sin disposición de prestar ayuda, trata de obtener exorbitantes ganancias.

El 3 de febrero, en una goleta de cuarenta toneladas, zarpamos de Punta Arenas y nos dirigimos á la isla de Dawson, donde el año pasado había dejado cuarenta indios con la promesa de volverles á ver pasadas siete lunas.

Llegamos allí el día siguiente á las 2 p. m. y comenzamos el desembarco de viveres, vestidos y materiales de construcción para una modesta vivienda. Mas no se veía ni un salvaje. ¡Pobre gente! Habrá quizá esperado el tiempo indicado y sin ver llegar al sacerdote á quien llaman el *Capitán bueno*, habrán ido á buscar la vida en otra parte, nos decíamos.

No obstante, armamos provisionales tiendas para defender de la lluvia los viveres y enseres desembarcados, y dióse principio á la construcción de la casa, que será el centro de esta misión.

Indicábale yo á D. Ferrero el paraje donde había encontrado á los indios y el miserable albergue bajo el cual aquí se reparaban. — ¡Y que hagamos aquí, decíame Don Ferrero, si ahora todos se han ido! ¿No será mejor irlos á buscar? — No te inquietes por esto, le respondía; ellos vendrán y te darán ocasión de trabajar cuanto quieras. Comienza entretanto á preparar una estancia para capilla, una alacoba para ti y tu compañero y un depósito para las provisiones. Demos gracias al Señor que da tiempo para esto y que te considerará luego con la venta de los salvajes.

Dejá yo volver á embarcarme, dejando las instrucciones necesarias para conducirse con los indios y con la gente que habíamos traído, y el seis hallábase de nuevo en Puntarenas.

Cinco días después de mi partida preséntase á la misión de la isla de Dawson una piragua, haciendo señas de querer acercarse. La piragua, formada de cortezas de roble, es una barca que mide unos tres metros de largo por sobre ochenta centímetros de ancho, en la cual se meten las familias de indios con todo lo que tienen, comprendido el perro que va siempre derecho en la proa. Divídese en varios compartimientos, y en medio sobre un poco de arena mantiénesse el fuego para usar cuanto pueden pescar, y es siempre manejada por las mujeres, que son excelentes remadoras y nadadoras.

Indicáseles con un jafinelo que se acercasen. Vinieron á la ribera y saltó á tierra un indio con dos hijos é hizo entender que era de buenas intenciones y hombre de paz. Acercóse temblando á Don Ferrero que le ofreció galleta. Aceptóla el indio y le dió á sus hijos, quienes en seguida fueron en busca de su madre, que con un niño á las espaldas había quedado en la piragua.

Don Ferrero dióles entonces tabaco y vestidos. Acercáronse temerosos al principio; pero cuando vieron que se les trataba bien perdieron todo recelo y comenzaron á hablar y á dar á entender que venían de lejos y que dentro de pocos días vendrían otros.

Preparáseles para mientras una cabaña que si bien no los defendía enteramente del frío y del viento, era espléndida para ellos porque los guardaba de la lluvia. Llenos de contento en su vivienda observaban atentos todos los movimientos de Don Ferrero, de Silvestro y demás personas y pasaban largo tiempo en mirar hacia el mar. A los dos días llamaron la atención sobre un punto negro que apenas se veía á gran distancia. — ¿Qué era? — Dos piraguas que venían y llenaban de alegría á los pobres salvajes que así veían

cumplirse su palabra. Hicieronseles señas, se acercaron y á la palabra del indio desembarcaron.

Comenzaron á su vez por decir que no les guiaban intenciones hostiles y pidieron galleta, tabaco y pantalones. Dijeron en seguida que no venía el capitán Antonio porque había muerto. Este capitán Antonio era un indio, á quien un comerciante había hecho embarcar en un vapor alemán de la línea de Amburgo á Valparaíso. Había hecho el viaje de ida y vuelta; mas tornando á Puntarenas abandonó el vapor y continuó su vida salvaje. Mucho lo estimaban los indios, porque algo había ganado en contacto con la gente civilizada. Las pequeñas tribus hablan del capitán Antonio como si le hubieran reconocido por jefe, creyendo ser este un título de recomendación. Mas el pobre capitán Antonio apesar de su rose con gente civilizada, no llegó á conocer las verdades fundamentales de la religión, pues los protestantes ningún interés muestran en la conversión de estos infelices. Vuelto á la vida salvaje dióse á robar, y descubierto y perseguido por los soldados se alejó para no caer en sus manos.

Pensó Don Ferrero en dar hospedaje á los recién llegados; preparóles una cabaña; ¡ah! cuántos signos dieron entonces de contento y cómo recordaron al Capitán bueno! Tratose en seguida de enseñarles á lavarse y arreglarse los cabellos para librarse de ciertos insectos. Don Ferrero y Silvestro procuraron persuadirlos, mostrándoles vestidos y cubiertas de color rojo con que regularían á los que les diesen oídos. Al efecto púsose Silvestro una cubierta roja sobre las espaldas y denotando alegría se puso á bailar, diciendo: ¡qué lindo! ¡qué lindo! Dió buen resultado la estratagemá, pues, luego se acercó un muchacho de quince años para que le cortaran el pelo. Silvestro lo llevó al mar, allí á veinte pasos, lo jabonó bien, le cortó el pelo, le vistió de camisa, pantalones, chaleco y blusa, le puso un gorro colorado y le dió una cubierta del mismo color. Presentólo en seguida á los indios, quienes viéndolo transformado: ¡A mí! ¡á mí! gritaron todos, empeñados en que se les cortaran los cabellos y en lavarse y vestirse como aquel.

¡Oh, querido Don Rna, cuanto siento no haberme hallado presente á tal escena y haber participado de algún mérito en semejante obra de misericordia!

En dos días se terminó la operación. Bien aseados, vestidos y contentos aquellos indios comenzóse la obra espiritual. Don Ferrero empezó como nuestro padre Adán á dar un nombre á cada uno: Miguel al jefe, Manuel, Rafael etc. á los demás; y ahora cada uno se goza en sentirse llamado con tales nombres. Delante de la estatua de san Rafael, patrono de esta misión, y de Maria Auxiliadora nuestra buena y cara Madre, les enseñé

en seguida á recitar algunas oraciones. Al Domingo siguiente advirtió que todos juntamente con sus auxiliares asistieran á la santa Misa y explicación de la doctrina. Al toque de la campana todos acudieron á la capilla de San Rafael, y cuando debía comenzar la misa, una india, recordando la advertencia, sale de improviso y luego vuelve trayendo de la mano á un hijo suyo que había quedado divirtiéndose afuera. Admirable fué la atención que mostraron; sin hablar palabra seguían todos los movimientos del sacerdote. Concluida la Misa y avisados que era tiempo de retirarse, salieron hablando con gran admiración de los ornamentos del Capitán bueno, con alta idea de la función celebrada y con la confianza de no volver á padecer enfermedades.

Instruyense al presente en las principales verdades de nuestra santa fe, y esperamos que para la próxima pascua puedan bautizarse.

Sirva esta relación para animar á nuestros hermanos del Colegio de las Misiones y hacerles perseverar en su vocación; sirva para alentar el celo de nuestros Cooperadores en la continuación de esta santa obra, á fin de que con sus socorros podamos atender á la salvación de tantas almas y conservar esta raza que llegaría á extinguirse si la religión y civilización no concurriesen á protegerla.

Luego partiré para visitar á estos catecúmenos, y á mi vuelta podré añadirle otras noticias. Entre tanto nos recomendamos á las oraciones de todos los nuestros á fin de que salvando otras almas podamos salvar las propias.

Todos mis hermanos y las Hermanas de María Auxiliadora, residentes en Puntarenas, besen las manos de Ud. y le piden su bendición.

Su aff. en J. y M.

JOSÉ FAGNANO, Pref. Apost.

Del Brasil.

Caxambú (Mina Geraes). 6 de abril de 1880.

Recuo Sr. Rector Mayor:

Permítame, amadísimo Padre, que mientras estoy en convalecencia, distraiga su tiempo con la presente.

Comenzaré por referirle una gracia concedida por María Auxiliadora el día último del año próximo pasado; le contaré en seguida un hecho en mi favor que comprueba el dicho: *Nihil habentes et omnia possidentes*, aplicado á los religiosos, y por fin le diré dos palabras sobre Caxambú donde me hallo al presente.

Hé aquí la gracia: El 31 de diciembre del año pasado fui llamado á confesar al Morro Atalaya, lugar un tanto distante de nuestro colegio de Netheroy, y en el cual me expe-

ra una aventura. Al venir acá visité la casa de un pobre ciego, de edad avanzada, llamado Juan Francisco de Souza, el cual dos días hacia que deliraba. Al verlo rogué á la familia me dejara solo con el moribundo á lo cual en el acto accedieron. Mas notando que no podía hacerle comprender al pobre ciego que yo era un sacerdote que llegaba para confesarle y luego teniendo que á causa de los rómicos constantes que padecía quedase privado de los consuelos de nuestra religión, llamé á aquella pobre gente, y juntos todos invocamos la ayuda de María Auxiliadora; puse en seguida una medalla de la misma advocación en manos del enfermo y le di la bendición de María Auxiliadora.

¡Oh, bondad infalible del corazón de María Auxilio de los cristianos! Constan los rómicos, y como al enfermo se le cayera de la mano la medalla, llama atigido á la hija y le pide que se la busque y se la ponga al cuello. En seguida, conmovido, me rogó que le confesara. Bien se imaginara, Recuo. Don Rua, la impresión producida en la familia y circunstancias por semejante gracia. Quedando á solas con el enfermo, este anegado en lágrimas hizo la santa confesión. Llamé en seguida á la familia para que asistiese á la administración del óleo santo, que recibió con indecible devoción y contento. Hecho esto no cesaba el de exclamar: « ¡Qué dicha la mía, que V. haya venido á confesarme! ¡Dios y la Santísima Virgen se lo paguen! » Y repetidas veces me cogía la mano para besármela agradecido. Al día siguiente entregaba tranquilo su alma al Señor.

Pasaré sin preámbulos al segundo punto de ésta: Habiendo caído yo enfermo en diciembre p. pido, y recaído en enero y de nuevo en febrero, atormentado con una febre palúdica y congestión del hígado, aconsejéronme los médicos cambiara de aire por cierto tiempo y viniera á tomar las aguas minerales de Caxambú en la provincia de Minas Geraes.

Bien, muy bien; ¡pero de dónde sacar recursos para esto! ¡De dónde! Ya le veré. Sin pedirlos á nadie, un amigo y bienhechor vino á rogarme que le acompañara á Caxambú, que yo nada tendría que gastar por la residencia en aquel lugar. Todo esto corría por su cuenta. Pero el viaje por ferrocarril; ¿quién lo pagará? Son menester veinticinco pesos y en casa, según costumbre, *viendo al día*, no tenemos ni diez pesetas. He aquí que una cooperadora al saber que se trata de este viaje me ofrece veinticinco pesos para el tren y otra 2 1/2 para los pequeños gastos. ¡No es el caso de decir: *Nihil habentes et omnia possidentes*? Además me ha cabido en suerte la gratísima compañía del Ilmo. Sr. Lino Obispo de San Pablo, que ha venido también, á causa de su mala salud, á tomar estas aguas y gozar de este buen clima. Ha venido con un distinguido

Canónico, párroco de Una y de su buen secretario el Sr. presbítero P. Porfirio.

El primer día visitome el director del establecimiento para aconsejarme el uso que debiera hacer de estas aguas, indicarme la fuente á que debía ocurrir, y luego añadió: — Reverendo Padre, no se preocupe por gastos: Ud. aquí solo debe dejarse cuidar.

Y á la verdad que soy tratado como príncipe. ¡Dios sea bendito!

Me siento ya casi del todo restablecido y espero poder estar pronto de vuelta en el conego de Santa Rosa.

La población de Caxambú pertenece eclesiásticamente á la parroquia de la ciudad de Barpandy en la provincia de Minas. Hallase situada en un pequeño valle de dos kilómetros de largo por quinientos de ancho, atravesado por el río Bengo, que corre de sur á norte. Circundado este valle de colinas, llama entre estas particularmente la atención por su altura y belleza la llamada *Morro de Cazambú*, situada al poniente. Las fuentes encuentranse en este morro á 884 metros sobre el nivel del mar, y de estas hasta la cima hay 180 metros. He sabido ya á ella con el Illmo. Sr. Obispo, el Canónico, el Secretario y con un grande astrónomo y físico, el capuchino E. P. Germano.

El clima en todo tiempo es aquí excelente: pero en particular en esta estación otoñal. La temperatura media varía entre 15 y 19 grados centígrados.

Las noches son hermosísimas; claras, con cielo siempre estrellado y atmósfera fresca. Al amanecer se nota una densa pero seca neblina que desaparece con la salida del sol. Actualmente el termómetro marca en la mañana de 6 á 18 grados sobre cero y en el día sube ó lo más hasta 26. El ascenso y descenso de la columna termométrica es gradual y uniforme sin el menor cambio repentino.

El invierno á las 7 de la mañana el termómetro marca 4 grados centígrados sobre cero.

Las fuentes analizadas de Caxambú pueden dividirse en dos clases; unas alcalinogaseosas y las otras ferruginosas. Entre los buenos efectos de las primeras uno de los principales es sin duda el considerable aumento del apetito, como quiera que facilitan en gran modo la digestión. Las segundas son particularmente tónicas y reconstituyentes. Casi todos estos datos los tomo del libro *Aguas mineras de Caxambú* del Dr. Viotti.

Con este buen clima y el uso de estas aguas en poco más de veinte días siento gran mejoría y casi completo restablecimiento.

Su Señoría Illma. el Obispo Lino me pide ofrezca á V. sus respetos. Sirvase bendecirnos, amadísimo padre, y disponer de todo el afecto de su humildísimo hijo en J. C.

CARLOS FERRETO.

D. BOSCO Y MARIA AUXILIADORA.

Iglesia de María Auxiliadora en Turin.

Para extender la devoción á María Don Bosco resolvió edificarle una iglesia en Turin. El barrio de Valdoce, con más de 35,000 almas apenas, si tenía más de un templo. Las capillas del hospital del V. Cottolengo y la de San Francisco de Sales eran de todo punto insuficientes. Por otra parte no había duda de la utilidad de esta empresa. Ya hemos dicho que María indicó el sitio donde debía edificarse. Tratándose de dar un título á esta iglesia preguntóle Don Bosco al angelical Pío IX con que nombre convendría honrar en ella á la Santísima Virgen. — La consagraréis á *María Auxiliadora*, le contestó; concurrió con una ofrenda personal de quinientos francos y dió una especial bendición.

Don Bosco complacíase en repetirlo á sus hijos: « Este es el monumento de la aprobación dada por el Vicario de Jesucristo á la Pía Sociedad Salesiana, establecida para salvar á los niños pobres y abandonados.

El arquitecto D. Antonio Spezia trazó el plan en forma de cruz latina, sobre una superficie de mil doscientos metros cuadrados y, confiando en el auxilio de la Santísima Virgen, el 27 de abril de 1865 Mons. Odone, obispo de Susa, bendijo la primera piedra colocada solemnemente por el príncipe Amadeo de Saboya.

Cuando se comenzó la obra, dice D. Bosco, no tenía más de cuarenta céntimos. La donación de Pío IX había ayudado al pago del terreno. Esta deficiencia absoluta de medios sirvió para que de un modo más patente se manifestase la intervención de la Reina del Cielo, quien así demostró cuanto le agradaba esta obra suscitada por ella como fuente de inagotables gracias. Así lo evidencian las grandes bendiciones, los auxilios y milagros extraordinarios que han obtenido y continúan obteniendo sus verdaderos devotos.

Don Bosco para quien no había dificultad que le infundiera miedo, dió principio á los cimientos.

Pasada la primera quincena, debía pagar mil francos á los obreros. A esas pobres gentes no era posible retardarles el salario.

« En este aprieto, cuenta Don Bosco, me acordé de una persona que pocos días antes había comenzado una novena y prometido una limosna, caso de obtener la gracia que solicitaba. Era una señora gravemente enferma á quien la tos, la debilidad, y una fiebre continua, hacía ya tres meses, tendían postrada en cama.

— Gran favor sería para mí, me había dicho ella, si al menos pudiera dejar la cama y dar algunos pasos en mi pieza.

— ¿Haríais lo que yo os indicara?

— Sin duda alguna.
— Comenzad entonces sin demora una novena á María Auxiliadora.
— De qué manera?
— Diciendo, por nueve días, tres *Padrenuestros*, *Acmarias*, *Gloriopatris* y *Salves* á la Santísima Virgen.
— Está bien: ¿y será necesario añadir alguna obra de caridad?
— Si queréis y experimentáis verdadera mejoría, podéis hacer un presente á la iglesia de María Auxiliadora que se comienza en Valdocco.

— Sí, sí, con mucho gusto: si con esta novena consigo siquiera levantarme y dar unos pasos en mi estancia, haré un presente á esa iglesia.

Tal promesa era todo lo con que al presente yo contaba.

Era ya el octavo día de la novena, y no sin ansiedad fui á averiguar el resultado. La sirvienta, al verme, apenas abierta la puerta exclamó: — La señora ha sanado; dos veces ha salido ya á ido á la iglesia á dar gracias á Dios.

En esto ella se presenta — He sanado, mi Padre, me dice; ya he ido á dar gracias á la Santísima Virgen. Sírvase aceptar mi ofrenda, añadió presentándome un cartucho: es la primera, pero no será la última.

Al llegar á casa abrí el cartucho: eran cincuenta napoleones de oro; esto es mil pesetas de que precisamente necesitaba aquel día (1) ».

Aunque por mucho tiempo D. Bosco nada dijese sobre esto, el hecho no tardó en divulgarse como por la chispa eléctrica. Luego ocurrieron otros y otros. Llegó entonces á él un número extraordinario de personas, prontas á hacer novenas á María Auxiliadora y á contribuir á la construcción de su iglesia, si les concedía la gracia que soliciaban. En Turín, Genova, Bolonia, Nápoles, Milán, Florencia, Roma, Viena, París, Londres, Berlín renováronse los prodigios de María Auxiliadora, y llovieron las ofrendas bastando á todas las necesidades. Disminuyeron considerablemente cuando más activa era la ejecución de los trabajos.

Más sobrevino el cólera y de nuevo los corazones se dirigieron á la Reina del Cielo. La medalla de María Auxiliadora fué como un talismán divino contra la epidemia; los recursos fueron, pues, más abundantes que nunca.

No pasaremos en silencio otro medio de beneficencia para esta iglesia: Muchas son las personas que para prosperar en sus negocios han tenido la idea de interesar, por decirlo así, á la Divina Providencia, ofreciendo la décima parte de las ganancias, ora para la iglesia de María Auxiliadora, ora

para los pobres niños de Don Bosco; y las más de las veces los resultados han excedido á todas las esperanzas.

« ¿Será creíble! la iglesia de María Auxiliadora se ha edificado sin hacer una colecta. *Aedificavit sibi domum Maria*. El costo alcanza á más de un millón de pesetas. Un prolijo registro prueba que de esta enantiosa suma, como ochocientos cincuenta mil pesetas han sido ofrendas de personas que con ellas han manifestado su reconocimiento por una gracia ó favor especial obtenidos. Podría asegurarse, añade Don Bosco, que cada piedra de este edificio es un signo de la bondad y del poder de la Reina del Cielo. Mas aún: nos hallábamos casi en vísperas de la solemne consagración y faltaban todavía casi todos los objetos necesarios para el servicio religioso. ¿Cosa singular! Sin que se hiciera indicación alguna comenzó á llegar un precioso cañiz, luego una cascalla, después otra, albas, amitos, corporales, cetas, incensario, candeleros, cetera, cruces, misales, atriles, sacras, vinajeras, campanillas para todos los altares y en tan justo número que ni un solo objeto faltase, fuese inútil, ni llegará duplicado.

Igual cosa ocurrió con los enseres y provisiones que eran menester para atender á los obispos y distinguidos sujetos que en tal ocasión llegaron al Oratorio.

Parecía que una persona anduviera indicando á cada instante lo que se necesitaba. Pero ¿cómo! eran de diversas ciudades, provincias y países, y cada cosa reconocaba un beneficio conseguido (1) ».

Mons. Ghilardi, obispo de Mondovì, el día de aquella solemnidad exclamaba:

« No reconocer que los oferentes de tantas y tan variadas ofrendas han sido movidos por el espíritu de Dios, sería como negar la luz del sol en pleno mediodía. »

La consagración celebróse con toda pompa por el arzobispo de Turin Mons. Alejandro Riccardi el 9 de junio de 1868. El sacerdote Don Juan Cagliari fué el director de música. Un coro como de ciento cincuenta tenores y bajos representaba en el presbiterio á la Iglesia militante; otro de unos treientos sopranos y contraltos simbolizaba en torno de la cúpula á la Iglesia triunfante; un tercero de cerca de cien tenores y bajos en el coro significaba á la Iglesia purgante. Para regular y armonizar los tres coros el sacerdote salesiano Don Ghivarello inventó un aparato eléctrico. La ejecución del *Sacra Maria* fué admirable. Comovido con tan mágico efecto un respetable personaje exclamó: « Me parece oír el *Tu es Petrus* en el Vaticano. » Otro añadió: Solo en el Paraíso podrá sentirse canto más hermoso. »

(1) DON BOSCO, *Lecturas Catequicas*, María Auxiliadora.

(1) DON BOSCO, *Lecturas Catequicas*, María Auxiliadora.

Y quién podrá pintar el gozo de D. Bosco en aquella solemnidad?

Las fiestas de la consagración duraron ocho días. Su Santidad Pío IX concedió indulgencia plenaria á cuantos en tal ocasión visitaran la iglesia.

El gentío que acudió fué innumerable.

Algunas gracias de María Auxiliadora.

Cuando para alcanzar una gracia se le piden oraciones á Don Bosco, en tanto que prometía las suyas y las de sus niños, aconsejaba al interesado que se recomendara á María Auxiliadora, rezando una novena de tres *Padresnostros*, *Arcanjos*, *Gloriopatría* y *Salves*, dándole una medalla de María Auxiliadora y exhortaba hacer una limosna como medio más seguro de obtenerlo todo de la Santísima Virgen. Mas censuraba con frecuencia esa especie de desconfianza de los que prometen una ofrenda en caso de obtener lo que desean: « No corresponde al hombre, decía, poner condiciones á Dios. »

« Es preciso comenzar por dar con sumisión, sin reserva, sin restricciones, con fe y confianza absolutas. En tal caso Dios abre sus manos y distribuye sus larguezas. » *Dote et dolatur sobis*. Dad y se os dará. La experiencia demuestra la extraordinaria eficacia de este medio para obtener las más señaladas gracias; millares de veces he podido convencerme de ello » (1).

Conviene notar los varios modos con que Dios concede las gracias que se le piden. Unas veces es monester larga oración, que al fin es premiada la perseverancia. Otras se obtiene la completa liberación de un mal; ora tan solo que el mal no se agrave, ora que se mitigue. En ocasiones consiguiese gran resignación á la divina voluntad, ó que el Señor nos libre de otros males, ó que en vez de un favor temporal nos acaeciese uno espiritual. En todo caso nuestra oración presentada por María al trono del Altísimo es oída, y hemos de gratitud debemos cumplir las promesas hechas.

Seguros estamos de ser atendidos. El Evangelio lo dice: *Qui petit accipit*; jamás la oración es estéril (2).

Una medalla de María Auxiliadora. (3)

Vivia en Vinovo, aldea cercana á Turin, una joven llamada Maria Stardero, la cual tuvo la desgracia de perder totalmente la vista. Ansiosa de recobrarla contribuyó el pen-

samiento de hacer una peregrinación á la iglesia de María Auxiliadora, y un sábado del mes que le está consagrado, acompañada de una tia y de otra señora, se presentó en el templo. Después de breve oración ante la imagen de la Santísima Virgen fué conducida á la presencia de Don Bosco, en la sacristía, y allí tuvo con él esta conversación:

— ¿Cuánto tiempo hace que estáis enferma?

— Ya mucho tiempo, pero hace como un año que nada veo.

— ¿Habéis consultado á los médicos? ¿Qué dicen? ¿No os han medicado?

— Hemos usado toda clase de remedios sin resultado alguno, respondió la tia; los médicos no dan la menor esperanza. Y se echó á llorar.

— ¿Distinguis los objetos grandes de los pequeños?

— No, señor, no distingo nada absolutamente.

— Veis la luz de esa ventana?

— No, señor, nada veo.

— ¿Queréis ver?

— Señor, soy pobre; necesito la vista para buscar la subsistencia, ¿no he de quererlo?

— ¿Os serviréis de los ojos para bien de vuestra alma y no para ofender á Dios?

— Lo prometo con todo mi corazón.

— Confíad en la Santísima Virgen; ella os sanará.

— Lo espero, mas entre tanto estoy ciega.

— Veréis.

— ¿Ver yo!

— Entonces Don Bosco con tono y ademán solemnes exclamó:

— A gloria de Dios y de la bienaventurada Virgen María, decid! ¿qué tengo en la mano?

La joven abrió los ojos, los fijó en el objeto que Don Bosco le presentaba y gritó:

— Veo una medalla de la Santísima Virgen.

— Y en este otro lado de la medalla (mostrosocela), ¿qué hay?

— Un anciano con una vara florida: es san José.

Renunciámos á describir lo que entonces pasó; sólo añadiremos que habiendo María extendido la mano para coger la medalla, cayó esta al suelo, yendo á parar á un rincón de la sacristía, y la misma María, por orden de Don Bosco, la buscó y encontró, con lo que dejó á todos perfectamente convencidos de la realidad de la curación, la cual fué tan completa como prodigiosa, porque Maria Stardero no ha vuelto á padecer de los ojos.

¡Cosa singular! La tia que la acompañaba curó simultáneamente de un agudo reumático que le impedía el trabajo en el campo.

(1) Carta á los Confratres Salesianos. Venecia el *Boletín de marzo de 1886*.

(2) *San José, San María Auxiliadora*, p. 81.

(3) Al referir en el presente algunas obtenidas por intercesión de María Auxiliadora enumeraremos tan solo una que otra de aquellas en que de alguna modo figura Don Bosco.

Otra curación.

En 1881, hallándose Don Bosco en Marsella, repetidas veces rogado que fuera á ver á una muchacha enferma, no se sabe por qué no condescendió.

El día de partida el señor presbítero Mendre lea desviar el coche, y sin prevenir á Don Bosco condújole á la casa de aquella.

Era una persona de escasos recursos, que llevaba los mantos de la capilla del Oratorio de la casa salesiana en Marsella. Veinticuatro días hacía que no podía tragar ni una gota de agua; una invencible contracción á la garganta ni siquiera había permitido alimentarla por medio de una sonda; su flacura era extraordinaria, y, devorada por la sed, esperaba con ansias la muerte.

Don Bosco le da una encharadita de agua y la traga; le da una segunda, una tercera; entonces ella sentándose en la cama exclama: — Estoy sana.

La madre se desmaya; el señor Mendre, con indecible emoción, cae de rodillas; Don Bosco, llenos de lágrimas los ojos, dice: — ¡Dios sea bendito!; Bendita sea María Auxiliadora! Y se retira.

Apenas cerrada la puerta, la muchacha deja el lecho, se viste, come, está en perfecta salud.

Un secreto para morir tranquilo.

En 1806 Don Bosco, á causa de la extraordinaria extensión de sus obras, había emitido una importante lotería.

Un día llegado de Roma una carta bien singular. La marquesa V*** le hacía un pedido y un ofrecimiento, cuya sustancia es como sigue:

« Feliz, cuanto se puede ser en la tierra, vivo, sin embargo, con una angustia terrible; el pensamiento de la muerte me causa indecible inquietud y mi fe no es bastante á sobreponerse á ese involuntario terror. A medida que os escribo un movimiento convulsivo se apodera de todo mi ser. Pronto estoy á cualquier sacrificio para obtener que esta penosa idea cese de atormentarme, y he aquí por lo cual me dirijo á vos. El tiempo apremia; padezco una enfermedad inexorable y que puede quizá muy pronto quitarme la vida. Aseguradme, os suplico, que la Santísima Virgen, vuestra bondadosa María Auxiliadora, me concederá la gracia de no tener la muerte y de verla llegar con toda serenidad, y yo por mi parte os prometo que siendo ya Cooperadora de vuestras obras, seré vuestra servidora y la servidora de vuestros hijos. Mi voluntad, y todos mis bienes de fortuna y cuanto me resta de vida os pertenecerán; pondré el empeño posible en ser respecto de vos un instrumento fiel de la Divina Providencia; pero; por piedad! que

María Auxiliadora me libre del terrible estado que me causa la muerte. »

Don Bosco, á vuelta de correo, le contestó: — O aseguro que María Auxiliadora os concederá la gracia deseada; moriréis tranquilamente y sin advertirlo. Cumplid vuestra promesa y la Santísima Virgen no faltará á la suya. »

Pasaron algunos años. La marquesa V*** libre de aquellas angustias, llenó con admirable abnegación su compromiso; por eso no vivió sino para los huérfanos de D. Bosco.

Un día, á fines del año 1871 la marquesa dice á su marido, excelente cristiano:

— Tiempo hace que no he hecho una confesión general; quisiera disponerme á ella en los últimos días del año.

— Excelente cosa; seguid vuestra inspiración.

El último día de diciembre la marquesa había terminado su confesión general. Al día siguiente, celebración de año nuevo, después de la santa comunión, hallándose reunida en el almuerzo toda la familia rebosaba de singular contento.

De pronto manda á un criado:

— Abrid los postigos.

— Señora marquesa están abiertos.

— Alridlos; que entre la luz!

Nueva respetuosa observación del doméstico. Todos estaban atentos á esta extraña indicación, cuando la marquesa, como iluminada de repentina luz, con indefinible acento exclama:

— ¡Ángel! ¡este era el nombre de su marido!; ¡Ángel! quizá que yo muero. Y con una alegría celestial que transformaba su semblante, repitió: — ¡Ángel! yo muero, yo muero, — y se durmió en el Señor.

María Auxiliadora cumplió su promesa.

Don Bosco recibió esta noticia en el colegio de Varazze, donde se hallaba indisputado.

El marqués así terminaba su carta:

« Yo no lloro esta muerte como una desgracia, sino que bendigo á María Auxiliadora como autora de un insigne favor. » (1).

HISTORIA DEL ORATORIO DE S. FRANCISCO DE SALES

(Continuación).

Viémos á la memoria un chistoso episodio. Un buen niño, animado de gran deseo de hacer una confesión general con la mayor exactitud posible, había escrito sus pecados. Sea por escrúpulo ó otra circunstancia el hecho es que había llenado con ellos un pequeño cuaderno para mandarlos á la memoria ó leerlos al confesor. Mas llegado el sa-

(1) Véase Don Bosco por el Sr. Carlos D'Espagny.

bado piérdesele el cuaderno de sus famosos hechos. Busca y rebusca por todas partes el manuscrito sin conseguir encontrarlo. El pobre niño se siente entonces desolado y echa á llorar á lágrima viva. Por fortuna, sin que nadie lo supiera, el cuaderno habíalo encontrado Don Bosco. Entre tanto sin poder los niños calmar el llanto de aquel compañero ni saber siquiera el porqué, condujéronle á Don Bosco. — ¿Qué es lo que tienes, mi querido Santiaguito? ¿Estas enfermo? ¿Te han hecho algún daño? le preguntó nuestro Padre á la vez que le acariciaba para que cesara de llorar. Enjugóse el niño un tanto las lágrimas y tomando aliento le respondió: *He perdido mis pecados*. A estas palabras los demás no pudieron contener la risa, y Don Bosco comprendiendo al punto la expresión, graciosamente le dijo: — Feliz tú que has perdido los pecados; dichosísimo si no los encuentras nunca; porque sin pecado irás de seguro al Paraíso. — El buen niño, creyendo no haber sido comprendido, añadió: — He perdido el cuaderno en que los tenía escritos. — Entonces Don Bosco sacándolo del bolsillo, le dijo: — Hijo mío, tus pecados han caído en buenas manos; aquí los tienes. — A estas palabras serenóse al punto el muchacho y sonriendo exclamó: — Si hubiese sabido que Ud. los había encontrado en vez de llorar me habría puesto á reír; y al irme á confesar esta tarde le habría dicho: — Me acuso, Padre, de todos los pecados que Ud. ha encontrado y que tiene en el bolsillo.

En aquel tiempo las escuelas nocturnas del Oratorio obtuvieron nuevos premios y aplausos.

A invitación de Don Bosco, el Municipio de Turin nombró una diputación compuesta del caballero Pedro Ropolo, el comendador Capello y el comendador Dupré para visitarlas. Estos señores examinaron á los escolares de las diversas clases sobre lectura, escritura, italiano, frances, aritmética, sistema métrico, geografía, historia y dibujo, asistieron á la ejecución de varios trozos de música, y después de hacer cumplido elogio de los maestros se retiraron en gran manera satisfechos. Su juicio en plena sesión valió el acuerdo de un premio de mil liras para tales clases.

El directorio de la obra titulada *La Mendicidad Instruida*, que como en otra ocasión hemos dicho, había á ejemplo nuestro establecido las clases nocturnas y musicales, mando al caballero Gonella á hacernos una segunda visita y en señal de complacencia y distinción nos concedió otro gracioso premio.

Estos subsidios y alabanzas producían dos buenos efectos y proporcionaban medios á Don Bosco para pagar el alquiler del local,

la luz, los libros etc. y eran á la vez un estímulo para los jóvenes que las frecuentaban. Viendo de este modo aplaudida por la misma autoridad esta enseñanza que se les proporcionaba y remunerados los sacrificios que por ellos D. Bosco hacía sentíanse más y más dispuestos á aprovecharlos.

En aquel tiempo algunos párrocos como el de Borgodora, del Carmen y de San Agustín quejáronse de nuevo al Arzobispo de que en el Oratorio de San Francisco de Sales y en el de San Luis se celebraran funciones religiosas y administraran los santos Sacramentos. Monseñor Fransoni viendo la sinrazón de esta queja, para evitar todo pretexto de acusación en adelante, extendió un formal decreto en el cual renovó la facultad para que pudieran celebrarse en los Oratorios toda clase de funciones religiosas como si fuera una parroquia. En cuanto á los Sacramentos concedía no sólo que pudiesen en él administrarse sino que aun se cumpliera así al precepto pascual. « Las capillas de los Oratorios, decía el santo Arzobispo, serán la parroquia de los niños que los frecuentan. » Aduciendo en segunda las razones de tal concesión añadía: « Hemos atendido la circunstancia de que muchos niños son forasteros y que todos son por naturaleza volubles é inconstantes; sin los Oratorios que dulcemente los atraen, muchos dejarían de ir á la iglesia y crecerían ignorantes y discolos. »

CAPÍTULO XXI.

En busca de pan. — Contraveneno. — Exhortación de la tarde. — Sistema Preventivo.

Como hemos dicho, Don Bosco cuidaba de más de setecientos niños en el Oratorio de San Francisco de Sales y de unos quinientos en el de San Luis Gonzaga; pero no perdía de vista á los que albergaba en el naciente Asilo. Mirábalos á estos como la pupila de sus ojos y los atendía como el más afectuoso y solícito de los padres. La mayor parte de ellos bien poco ó nada ganaban; y por lo tanto debía él pensar en mantenerlos, calzarlos y vestirlos. Veíasele con este fin salir á menudo de casa y visitar á caritativas personas para implorar una limosna para nosotros. Si alguien encontrándole por la calle le preguntaba á donde iba. « A buscar pan para mis niños, » respondía. Y no obstante que, á causa de la guerra, aquel año, y por otras circunstancias, en los sucesivos, la familia se hallase en gran estrechez jamás Don Bosco dejó de proporcionarle lo necesario para la vida y de dar día á día á cada uno los cinco centavos consabidos.

Pero su principal solicitud era por las almas. Los medios de corrupción aumentábanse de día en día, y por la prensa libre abundantemente se prodigaban libros y periódicos los más perniciosos. Oíase con frecuencia

en las oficinas y talleres, á los dueños y servidores, negociantes y empleados entablar cuestiones religiosas y morales y proferir sentencias como si fueran otros tantos doctores de la Sorbona. La fe y las costumbres sufrían grave peligro.

Obligado Don Bosco á enviar á sus niños á la ciudad para aprender un arte ú oficio informábase antes diligentemente sobre la seriedad de los individuos á quienes quería confiarlos; si era menester los cambiaba de una parte á otra donde se presentasen mayores garantías; iba con frecuencia á pedir noticias sobre la conducta que observaban. Acompañábanos en casa cuanto le era posible: con todo afecto procuraba saber si en el día habíamos oído ó visto algo que nos fuera pernicioso, y luego como esperto médico empleaba el contraveneno para disipar de nuestra mente las máximas nocivas y de nuestro corazón las malas impresiones recibidas.

Desde el primer año había acostumbrado hacernos una exhortación después de las oraciones de la noche: al principio tan sólo en las vigiliadas de las fiestas y en los días solemnes, ahora casi todos los días. Limitábase á exponernos durante unos tres minutos algún punto de doctrina ó verdad moral por medio de cierto ejemplo que escuchábamos con gran placer.

Empeñábase sobre todo en precavernos de las perversas opiniones del día y de los errores de los protestantes. A veces para atraer más nuestra atención y grabar más profundamente en nuestro ánimo una buena máxima contábanos un hecho edificante ocurrido entonces, ó escogido de la historia, ó de la vida de los santos. Otras veces proponíanos resolver una cuestión ó contestar una pregunta; como por ejemplo que significasen las palabras Dios y Jesucristo; qué quiere decir pecado, qué paraíso; por qué el Señor hubiese dado á cada uno tan sólo un alma etc. Dejábanos por lo regular algunos días para pensar en la respuesta, la cual se escribía en un billete con el nombre y apellido del autor. Los que la daban bien recibían un pequeño premio. De este modo Don Bosco nos hacía discurrir y al propio tiempo aprovechaba la circunstancia para desarrollar las más útiles verdades, que ya no olvidábamos fácilmente.

De esta y otras industrias que hemos indicado en los capítulos anteriores habrán ya podido inferir nuestros lectores cual fuese y sea todavía el sistema establecido por Don Bosco en sus casas de educación: *Todo por amor*. Habíalo experimentado con tan excelente resultado que no cesaba de recomendarlo á sus auxiliares, catequistas, maestros y asistentes. En una carta que en agosto de 1845 escribía de Castelnuovo de Asti al Señor Borelli en Turin le decía á este propósito: « Bien está que N. N. preste sus ser-

vicios en el Oratorio; pero no pierda Ud. de vista que trata con rigor á los niños y sé que algunos se han disgustado. Procure Ud. que se use mucho aceite en nuestro Oratorio. »

A fin de que todos conocieran perfectamente su sistema y lo siguiesen Don Bosco hacia frecuentes conferencias sobre la materia, á las cuales asistían varios sacerdotes de Turin; entre ellos Mons. Eugenio Galletti Obispo de Alba, canónigo entonces de la iglesia de *Corpus Domini*. Escribió además brevemente sobre él, demostrando en que consista, aduciendo las razones para preferirlo, enseñando la aplicación práctica y manifestando sus grandes ventajas. Este escrito vió ya la luz pública en el Reglamento para las Casas Salesianas; y creemos que nuestros lectores celebrarán conocerlo.

« Dos son los sistemas usados en todos los tiempos para la educación de la juventud: el sistema represivo y el preventivo. El sistema represivo consiste en dar á los súbditos la ley y vigilar en seguida para conocer á los transgresores é infijirles el merecido castigo.

Conforme á este sistema las palabras y el aspecto del superior deben ser siempre severos y hasta amenazantes, procurando evitar toda familiaridad con los educandos. Además el Director para dar mayor valor á su autoridad raras veces deberá hallarse entre aquellos y por lo general tan sólo cuando se trata de castigar ó amenazar.

Este sistema es fácil, menos fatigoso y particularmente cómodo en la milicia y en general entre las personas adultas y maduras que deben encontrarse en circunstancias de saber y recordar lo que es conforme á la ley y demás prescripciones.

Diverso ó mejor dicho opuesto á este es el sistema preventivo, el cual consiste en hacer conocer las prescripciones y reglamentos de un instituto y luego usar de tal vigilancia que los alumnos esten siempre bajo la vista del Director ó de los asistentes, quienes les hablen como amorosos padres, les sirvan de guía en toda circunstancia, los aconsejen y corrijan con el mayor afecto, esto es, en una palabra, *poner á los escolares en la imposibilidad de faltar*. Este sistema se apoya en la razón, en la religión, en el amor. Por lo tanto excluye todo castigo violento y procura alejar hasta la sombra del más ligero. Este sistema parece preferible por las razones siguientes:

I. El alumno preventivamente amonestado no se siente abatido por las faltas en que incurrir, como sucede cuando es denunciado al Superior; no se agría por las correcciones y castigos, porque es siempre una palabra amiga la que le trae á razón, le persuade y le gana el corazón de tal modo que el culpado conoce la necesidad del castigo y casi lo desea.

II. La razón más esencial es la movilidad juvenil, que en un momento olvida el reglamento disciplinar y la pena con que le amenaza; así el niño á menudo aparece culpado y merecedor de un castigo en que no pensó y que por cierto habría evitado al aconsejarlo una voz amiga.

III. El sistema represivo podrá impedir los desórdenes; pero difícilmente conseguirá corregir á los delinquentes. Se ha observado que el joven siempre recuerda el castigo padecido, conserva cierta amargura, desea sacudir el yugo y tomar venganza. Y sus reminiscencias son terribles. De la corrección impuesta por sus padres no hace memoria; de la del educador difícilmente se olvida; y hasta siendo justa, algunos ha habido que aun en la vejez vengaron castigos impuestos de niños. No ocurre esto con el alumno preventivamente educado. El alumno ve en su asistente más que un amigo un afectuoso bienhechor que le advierte, se empeña en hacerle bueno, librarle de disgustos, castigos y deshonras.

IV. El sistema preventivo trata al alumno de modo que el educador le pueda hablar con el lenguaje del corazón, tanto al educarle como después de educado; ganándole el corazón ejercerá grande imperio sobre él, amonestarle, aconsejarle y corregirle aun cuando se haya ya ocupado en un empleo, oficio ó comercio.

Por estas y otras muchas razones parece que el sistema preventivo merezca la preferencia sobre el represivo.

Don Bosco pasa en seguida á hablar de su aplicación, y dice:

« La práctica de este sistema confirmase por las palabras de san Pablo: *La caridad es benigna, paciente, todo lo sufre, todo lo espera, todo lo soporta. No provoquéis á ira á vuestros hijos á fin de que no se desalienten.* Por lo tanto únicamente el cristiano puede aplicar con éxito el sistema preventivo. La razón y la religión son los medios que debe constantemente emplear el educador si quiere conseguir su fin. Hé aquí por lo tanto las principales reglas para la aplicación de dicho sistema:

I. El Director debe consagrarse enteramente á sus educandos, sin distraerse jamás en otras ocupaciones que lo alejen de su oficio. Mas aún; debe encontrarse con ellos siempre que no se hallen sujetos á alguna ocupación, salvo que estén bien atendidos por otros.

II. Los maestros y asistentes han de ser de reconocida moralidad, debiendo evitar como la peste todo afecto ó amistad particular con los alumnos. Recuérdese que la indiscreción de uno solo puede comprometer á todo un instituto. Procúrese que los alumnos jamás se encuentren solos. Los asistentes, en cuanto es posible, deben precederles en todas partes y entretenerse con ellos hasta

que otros los reemplacen, empeñándose en que nunca ni aun en la hora de recreo estén ociosos.

III. Dese amplia libertad de saltar, correr, gritar cuanto se quiera. La gimnástica, la música, la declamación, el pequeño teatro, los paseos son eficacísimos medios disciplinarios, tan útiles á la moral como á la salud. Atiéndase solamente que sea bien escogida la materia de la representación, honestas y no peligrosas las personas que en ella intervengan. Haced lo que queráis, decía el grande amigo de la juventud san Felipe Neri; á mí me basta que no pequéis.

IV. Columnas de tal edificio son la confesión y la comunión frecuente, sin obligar á ello de ningún modo á los niños, y tan sólo alentándolos y dándoles las comodidades que convenga. En los Ejercicios Espirituales, tridnos, novenas, predicaciones y catequismos dese á conocer la belleza, la grandeza, la santidad de la religión que tan fáciles y útiles medios ofrece para el bienestar social, la tranquilidad del corazón, la salvación del alma, como son los santos Sacramentos. De esta manera los niños aprenderán á estimar estas prácticas de piedad y se acercarán con convicción y con fruto.

V. Usese gran vigilancia para impedir que en el instituto se introduzcan compañeros ó libros perjudiciales. Un buen portero es un tesoro en una casa de educación.

(Se continuará)

GRACIA DE MARIA AUXILIADORA.

SR. D. MIGUEL RUA

Turín.

Jerez de los Caballeros, 5 de agosto de 1880.

Muy señor mío:

Gracias á la intercesión de María Auxiliadora dos hijos míos, Pilar de tres años y Augusto de once, han recobrado la salud. Una fiebre tifoidea privó á Augusto del conocimiento durante diez días, y lo postró en cama más de un mes; hice entonces una promesa á María Auxiliadora para que lo sanase y pronto fué escuchada mi súplica.

En reconocimiento ruego á Ud. se sirva publicar esta gracia en el *Boletín Salesiano*. De Ud. humilde servidora Q. B. S. M.

AMPARO DE LA SOTA DE GARCÍA.

PLAN
Y CONDICIÓN DE SUSCRICIÓN
Á LAS
LECTURAS CATÓLICAS

1°. Esta publicación se propone única y exclusivamente la enseñanza y defensa de la Religión Católica, mediante la difusión de libros de estilo sencillo, llano y popular, adaptados á la inteligencia de todos. En la elección de ellos se preferirán los que contengan instrucciones morales, narraciones amenas é historias edificantes, siempre que se relacionen con la Religión Católica.

2°. Todos los meses saldrá á luz un opúsculo de unas 130 páginas, el que se enviará á los Sres. Suscritores.

3°. **PRECIO DE SUSCRICIÓN (ADELANTADO)**

En Buenos Aires: Un año peso m/n.	1 00
— Provincias: — —	1 25
» España — — pesetas	8 00
» Italia — —	7 50

4°. Los Señores Suscritores, que quisieran constituir centros de suscripción, recibiendo 10 ó más ejemplares, tendrán una notable rebaja proporcionada á la cantidad.

5°. Para los pedidos y precio de la suscripción se ocurrirá en Buenos Aires á la *Dirección de las Lecturas Católicas* en el *Colegio Pío IX de Artes y Oficios*, en ALMAGRO. En Salta, al R. S. Bernabé Piedrabuena, en el Seminario Conciliar; en Montevideo, á la Librería Católica de Ramón Adzarias, calle 25 de Mayo, 253; en España, Barcelona-Sarriá, á la Librería Salesiana, y en Italia, á la Librería Salesiana, Turin, Calle de Cottolengo, N° 32.